

AL ILUSTRISIMO SEÑOR DOCTOR

**Don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos,**

EN EL DÍA SOLEMNÍSIMO Y FAUSTÍSIMO DE SUS BODAS DE ORO.

*NUPCIAS CELESTES.*

MÍSTICO EPITALAMIO.

Prestadme mi laúd; un estro ardiente  
Siento que arrastra mi alma enajenada,  
Y obedeciendo á este ímpetu mi mente,  
Ya desdeña del hombre la morada;  
Y anhela remontarse en su osadía  
A la excelsa región de eterno día.

Mas de Apolo la fuente cenagosa  
Es infecunda para el canto mío;  
Pues sólo de tu lira sonora,  
Y de tu pecho enamorado y pío  
Los suspiros y enfáticos sonidos  
Suenan ¡oh Rey Profeta! en mis oídos:

Tú cantaste con notas inmortales,  
Traspasando en tus vuelos la alta esfera,  
Lo que ha sido vedado á los mortales,

Ni mente humana penetrar pudiera;  
Enciende, pues, mi pecho en tus ardores,  
Inúndame en tus claros resplandores.

Tu Hijo augusto otro tiempo la hermosura  
Cantó de su divina y casta Esposa,  
Celebrando su júbilo y ventura  
Con lira sobrehumana y misteriosa;  
La paloma prestábale su arrullo,  
Y el límpido arroyuelo su murmullo.

Pues yo canto también con noble brío,  
Mi laúd aunque lánguido resuene,  
A la Hija de Cristo, su atavío  
Y las nupciales galas con que viene  
A unirse á nuestro Padre en lazo estrecho,  
Embriagando de júbilo su pecho.

Hé aquí ya viene entre brillante coro  
Cual blanca aurora, cual risueña estrella,  
Con grande encanto y virginal decoro  
Que de su rostro fúlgido destella;  
Y ya siento que en mi alma se derrama  
Un insólito ardor que el pecho inflama.

Mil cítaras acordes y armoniosas  
Resuenan por el aura embalsamada  
Con frescos lirios y purpúreas rosas;  
Abren la pompa augusta y ordenada  
Los tiernos infantiles escuadrones,  
Víctimas de fierísimos sayones.

Sus cuellos, que por Cristo ensangrentaron,  
De estrellas ciñen rútilos collares,  
Que del sol en la hoguera se fraguaron;  
Y entre nubes de púrpura, á millares,  
Ostentando sus pompas y sus galas,  
En ledo son aplauden con las alas.

Ya el séquito de lejos reverbera  
De generosos ínclitos campeones,  
Que por Cristo su vida lisonjera  
Inmolaron con nobles corazones:  
Y entre horrendos tormentos, con invicto  
Valor lucharon en feroz conflicto.

De oro y púrpura son sus vestiduras,  
En la sangre teñidas del Cordero:  
Como del mar se tiñe en las llanuras  
El rubicundo Febo placentero,  
Al asomar tras la risueña aurora,  
Del júbilo terrestre precursora.

Las heridas y honrosas cicatrices,  
Que en las sangrientas lides recibieron  
Sus cuerpos venturosos y felices,  
Cuando á tiranos bárbaros vencieron,  
De luz despiden fúlgidos destellos,  
Que lanzan por doquier sus lampos bellos;

Y en sus purpúreas y sagradas manos,  
Matizadas de perlas y diamantes,  
Muestran alegres, y en su rostro ufanos  
De sus triunfos las palmas rutilantes;  
Y ostentan los diademas celestiales  
Con que ciñen sus frentes inmortales.

Sigue en pos el ejército glorioso,  
De aquellos cuya vida santa y pura,  
Holocausto fué grato y oloroso;  
O sus almas, sin brillo y hermosura,  
En los raudales de la Cruz lavaron,  
Y las prendas divinas recobraron.

Los vestidos de estrellas tachonados  
Sus glorias y virtudes encarecen,  
Y en sus cuellos, de luz engalanados,

Blanquísimas estolas resplandecen  
Émulas de la nieve; y al Cordero  
Siguen doquier por límpido sendero.

Mas ya siento que el aura se embalsama  
Con celestial fragancia peregrina,  
Que suave aroma por doquier derrama;  
De Vírgenes la pléyade divina  
Ya aparece entre inmensos resplandores,  
Ostentando vivísimos colores.

Como la nieve en elevada cumbre,  
Herida por el sol del seco estío,  
Arroja en lontananza viva lumbre,  
Así brillan las galas y atavío  
De las doncellas cuyo aroma puro  
El soplo no sintió de cierzo impuro.

Coronadas se ven sus castas frentes  
De jazmines y blancas azucenas,  
Y el cristal de sus cuerpos transparentes  
Al astro rey eclipsa; á manos llenas  
Los infantiles genios mil olores,  
De las nubes derraman y mil flores.

Aquí nuevo vigor, nueva osadía,  
Judaica Musa, tú mi pecho inspira;  
De nuevo de tu plectro la armonía  
Has que vibre en las cuerdas de mi lira:  
Mayor gracia y belleza me enajena,  
Que la voz en mi pecho ya encadena.

Desde el zenit arrójese vencida  
La antorcha de tinieblas destructora;  
Y la luna no muestre confundida  
Su apacible sonrisa encantadora;  
Cese toda hermosura celebrada,  
Por frenéticos vates encumbrada.

La Hija de Sión cándida, bella  
Tras las Vírgenes puras ya aparece;  
De su brillo y fulgor una centella  
En su cortejo apenas resplandece:  
El mismo Dios su mano poderosa  
Ensayó para crearla tan hermosa:

Como el sol tras del mar al esconderse  
Su roja faz ostenta entre celajes,  
Y se ven por su disco sucederse,  
Y envolverlo vivísimos ropajes;  
O como Marte lanza desde el cielo  
Su caprichosa luz á nuestro suelo:

Así de esta Deidad la faz hermosa,  
Ya se esmalta de castas azucenas,  
Ya del color de la encendida rosa;  
Y en sus mejillas frescas y serenas  
Brotar se ven con arte sorprendente  
Cuántas flores pintó el Omnipotente.

Son sus ojos bellísimos luceros,  
Que del error las nieblas infernales,  
Como del sol divino mensajeros,  
Destierran á los lóbregos umbrales;  
Y hacen brotar eterna primavera  
Doquier con su mirada placentera.

Y si alguno quisiere en su osadía  
De sus ojos la antorcha luminosa  
Perder, y renunciar al claro día,  
Dirija una mirada generosa  
Al Sol de la Justicia, que radiante  
Brilla en su frente, de oro y de diamante.

La amable Caridad y la Esperanza,  
En forma peregrina de doncellas,  
Sostienen un arco iris de alianza,

Que toca con su cima las estrellas;  
Formando un amplio pabellón vistoso  
De los colores el conjunto hermoso.

Mas encendida luminosa tea  
Agitando la Fe marcha delante,  
Ya la pompa celeste señorea,  
Al brillo de su antorcha rutilante,  
Que abre con su fulgor claro sendero  
Por do espléndido avanza el coro entero.

Mil himnos, mil angélicos cantares  
Del cielo hasta las bóvedas resuenan,  
Y de triunfantes coros á millares,  
Las gratas melodías el aura llenan:  
De perfumes é inciensos blanca nube  
A las regiones luminosas sube.

Mas todos callan, una voz oyendo  
Cual negra tempestad que se desata  
En el inmenso mar; como el estruendo  
De la espumosa hirviente catarata.  
El gran Miguel, en colosal figura,  
Aparece, divina criatura.

Embraza del Arcángel la siniestra  
El diamantino escudo luminoso  
Y empuña el ígneo acero su gran diestra;  
Y entonces entonando himno armonioso,  
Hasta el empíreo resonó su canto,  
Y de Dios hasta el trono sacrosanto.

Halagaba su voz al alto cielo,  
Que suspendió sus giros incesantes,  
Y de su curso refrenando el vuelo,  
Paró el sol sus caballos jadēantes;  
Y cantó con su lira placentera  
El divino Miguel de esta manera:

“Salve, de Dios purísimo destello;  
Engendada en la mente del Eterno  
Para reinar sobre el empíreo bello,  
Cuando de Adan á luto sempiterno  
Fué condenada la progenie impía,  
Que á Dios se rebeló con su osadía.

Mas Tú, Reina augustísima, naciste  
Para hollar con tu planta las estrellas,  
Y tu trono en el sol estableciste,  
Despidiendo desde él tus luces bellas,  
Que iluminan al hombre desdichado,  
En calígine espesa sepultado.

Por Tí de mis hermanos arrogantes  
Fué reparada la fatal rüina,  
Cuando de fuego y armas centelleantes  
Ceñidos, con audacia peregrina  
Quisieron derrocar de Dios el trono,  
Sus iras provocando y fiero encono.

Y si yo, el rayo de Jehová blandiendo,  
Derribé sus baluartes orgullosos,  
Y sus vanos intentos destruyendo,  
Entre lampos y rayos estruendosos  
De mil tormentos á región sombría,  
Los arrojé del sempiterno día;

Por Tí en los tronos que vacíos quedaron,  
Del flamígero rayo al golpe fiero,  
Nuevas lumbreras, y astros mil brillaron,  
Del empíreo aplaudiendo el coro entero;  
Y mientras rueda el encumbrado cielo,  
Almas sin fin desplegarán su vuelo.

Por Tí brotaron límpidos raudales,  
Con ondas inmortales fecundados,  
De celestial belleza manantiales,

Y del amor de Cristo derivados;  
Do las almas inmundas su hermosura  
Renuevan y su prístina blancura.

Tú, cual iris de paz y de alianza,  
Desplegas tus bellísimos colores;  
Y cuando el golpe asolador ya alcanza  
Y de Jehová los rayos vengadores  
Al hombre en su maldad empedernido  
Y en mil yerros y culpas sumergido:

Entonces Tú su diestra desarmaste,  
Su rigor mitigando y sus enojos;  
Y cual nube benéfica, aplacaste,  
La luz pura moviendo de tus ojos,  
El ardor de la cólera divina  
Que amenazaba irreparable ruina.

En Tí Dios sus tesoros á torrentes  
Derramando, de luz te ha circundado;  
Y de sus puras celestiales fuentes,  
Te ha de gracia y belleza engalanado;  
Pues cuanto hay de admirable en cielo y tierra,  
Y en todo el Universo, en Tí se encierra.

Esa bóveda azul cuya firmeza  
Cimbra jamás el tiempo inexorable,  
Bosqueja tu extensión y tu grandeza,  
Tu inmensidad y gloria perdurable;  
Y si brilla con luces fulgurantes,  
Esmaltada por Tí fué de diamantes.

De los montes la inmensa pesadumbre  
Tu solidez retrata; el sol hermoso  
Es de tu brillo lánguido vislumbre;  
Y el mar con sus tormentas espantoso,  
De tu seno fecundo es un espejo,  
Y de tu gran poder debil reflejo.

Tú encierras de las flores la frescura,  
Y sus suaves perfumes y atavío;  
Mas tu pompa y fragancia siempre dura;  
Ni del ábrego siente el choque impío;  
Y el arrebol purpúreo de la aurora  
Tus rojos labios y tu frente dora.

Mas ¿podré comparar en mi osadía  
Con el lambo que brilla y desaparece  
Del horizonte en la región sombría  
Lo que no se marchita ni perece,  
Aunque el mundo en pavesas convertido,  
Se hunda en la antigua nada de que ha sido?

Vendrá tiempo en que el Orbe en sus cimientos  
Cruja, de sus quiciales arrancado;  
Y giman los pesados elementos  
De Jehová bajo el brazo agigantado;  
Y en vapores y nieblas se resuelvan,  
Y al caos antiguo tenebroso vuelvan.

Y sus caudas arrojen los cometas,  
Y con hórrido estruendo se derrumben  
En ronco son rodando, los planetas;  
Y los mares horrísonos retumben,  
Agitando sus vórtices temidos,  
Que á los cielos atruenen con rugidos.

Mas Tú, Hija de Sión, de excelsa altura  
Dominarás cual águila altanera,  
Que del mundo desdeña el aura impura;  
La catástrofe horrible y lastimera  
Contemplantas, los polos desquiciarse,  
Y en llamas espantosas abrasarse.

Y aquel ígneo turbión que al mundo arrasa,  
Respetará de tu cabello el oro;  
Y aun entre aquella tenebrosa masa

Deslumbrará tu pompa y tu decoro:  
Y los cielos tu triunfo sempiterno  
Cantarán siempre con loor eterno.

Mirarás á tus plantas prosternarse  
De tus contrarios el rabioso bando,  
Y entre sulfúreas llamas revolcarse,  
Negro veneno en vano vomitando:  
Pero Tú su pestífera garganta  
Has quebrantado ufana con tu planta."

Así cantó Miguel: y ardiendo el pecho  
De Nuestro Padre de amoroso anhelo,  
Su corazón de palpar deshecho,  
Se habría arrancado con ferviente vuelo;  
Mas un amplexo de la casta Esposa,  
Calmó de su alma el ansia congojosa.

MTA. ENRIQUE VILLASEÑOR.

Seminario de Zamora, Agosto 20 de 1889.

## LA MEJOR CORONA.

SONETO.

No es el laurel de intrépido guerrero  
El que admiro en tu frente, Padre amado;  
Aunque guerrero místico, has luchado  
Más que blandiendo formidable acero.

El del sábio tampoco admirar quiero  
Hoy en tu augusta sien. Dios te ha otorgado  
La corona de Príncipe sagrado  
Y en tu ilustre cabeza la venero.

Pero irradia con luces más divinas,  
Es más insigne aún, más esplendente  
Aquella de agudísimas espinas

Que hace diez lustros se clavó en tu frente.  
¡Corona santa! Sus espinas bellas  
Dios en el cielo trocará en estrellas.

CONCEPCIÓN ARNALDO.

México, 8 de Diciembre de 1889.